

SEMANA SANTA 2000

CONSELL GENERAL DE GERMANDATS I CONFRARIES DE L'ARXIDIÒCESI DE BARCELONA

M.I. Sr. Josep Ramón Pérez Sánchez, Canónigo de la S.E. Catedral Basílica de Barcelona.
Consiliario de la Confraria de Sant Marc Evangelista de Mestres Sabaters de Barcelona,
(vinculada canónicamente a la Catedral de Barcelona desde el año 1202).

Pregón de Semana Santa

8 de abril de 2000. Parroquia de San Agustín. Barcelona

I. Parte: la saeta

Agradezco sinceramente al "Consell de Germandats i Confraries" el haberme dado la oportunidad de hacer este Pregón de Semana Santa.

El pregón de Semana Santa es como el pórtico de lo que se conmemorará en esos días santos. Habrá quien piense que no es necesario anunciar la cercanía de esos días importantes para nuestra fe cristiana: desde la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén entre las ramas de olivo y las palmas, el Domingo de Ramos, hasta el anuncio gozoso de la resurrección de Cristo, la mañana del domingo de Pascua.

Sin embargo esos días, aunque tan importantes para los cristianos, existe el temor de que pasen desapercibidos en muchos ambientes, ya que pueden quedar reducidos a unos días de vacaciones de primavera.

No ocurre así, por suerte, en todos los ambientes. Las cofradías y hermandades os ocupáis de mantener vivas estas celebraciones.

Estamos en el año dos mil. En este año han sido muchas las cosas que han cambiado en nuestra archidiócesis de Barcelona, en relación con las cofradía de penitencia y de gloria: por primera vez comienzan a caminar juntas agrupadas por el "Consell General de Germandats i Confraries de l'arxidiòcesi". El acto celebrado en la Basílica de Santa Maria del Mar, el pasado día 12 de febrero, fue la expresión externa de algo que se ha ido fraguando en los últimos años y que por fin está dando sus frutos. Todas las hermandades y cofradías de la Archidiócesis, juntas, recibiendo el don del Jubileo de este Año Santo. Ha sido sin lugar a dudas un don, un auténtico regalo de Nuestro Señor y su Santísima Madre.

Este Pregón de Semana Santa, que por primera vez se pronuncia, convocadas todas las hermandades y cofradías, es un exponente más de esta nueva época en la que hemos entrado. Que Nuestro Señor y su Santísima Madre, nos continúen ayudando a seguir por este camino.

Mi condición de catalán, de raíces andaluzas, creo que ha tenido algo que ver con la elección que habéis hecho para que pronuncie yo este Pregón. También el ser consiliario de una de las cofradías más antiguas de Cataluña, la cofradía de San Marcos, que tiene su sede en la Catedral de Barcelona y remonta sus orígenes al siglo trece.

En mí, como en muchos otros que me estáis escuchando, se unen el sentimiento del alma andaluza y el "seny" del pueblo catalán. Uno lo recibí por la sangre, el otro por la adopción. Me honro de mis orígenes, pero también estoy orgulloso de ser catalán. Y hoy, ¿Cómo no voy a estar gozoso de cantar una de las manifestaciones más sentidas de los dos pueblos el catalán y el andaluz?: La Semana Santa.

Siendo como es la Semana Santa una de las celebraciones más litúrgicas de la Iglesia, se ha convertido en una fiesta profundamente popular. Los acontecimientos que tuvieron lugar hace dos mil años se reviven con un sentimiento de realidad y salen por nuestras calles con el deseo de que queden grabados en nuestras conciencias y en nuestra vida. Pero son actos religiosos externos que necesitan ser interiorizados para que no se queden en la parte superficial y folclórica. Es indispensable que mantengan siempre su íntima vinculación a las convicciones y a las costumbres más arraigadas y al sentir y vivir de la Iglesia en estos nuevos tiempos.

Hablando de sentimientos:

Hace ya algunos años, allá por los setenta, uno de los cantautores más carismáticos del pueblo catalán, Joan Manuel Serrat, ponía música a un poema de Antonio Machado: "La Saeta", en el que se cantaba la Semana Santa andaluza.

"Quien me presta una escalera
para subir al madero,
para quitarle los clavos
a Jesús el Nazareno"

La letra, del sur, nunca tuvo una expresión de sentimiento más profundo que cuando la música y la voz catalana le prestó su melodía.

¿Quién no se ha dejado llevar de la voz del cantor, convertida de pronto en saeta sencilla que brota del pecho, como grito sincero del sentir del alma?:

"Oh la saeta el cantar
al Cristo de los gitanos
siempre con sangre en las manos
siempre por desenclavar....."

Y de pronto, el Cristo de los gitanos se mezcla entre nuestros barrios y se hace vida entre el Besós y el Maresme, entre Terrassa y el Penedés....."Siempre con sangre en las manos, siempre por desenclavar....."

Y nos hemos identificado con ese Cristo, y toda una generación hemos buscado escaleras...., "siempre por desenclavar"....

Y hemos hecho nuestra: La saeta y el Cristo.

"Cantar del pueblo andaluz
que todas las primaveras
anda pidiendo escaleras
para subir a la cruz"

Cantar de la tierra mía
Que echa flores
Al Jesús de la agonía
Y es la fe de mis mayores.

Oh, no eres tu mi cantar
No puedo cantar ni quiero
A ese Jesús del madero
Sino el que anduvo en la mar"

Y hemos cantado a ese Jesús del madero, a veces, clavado en él, otras con el leño a cuestras, al que con pasos temblorosos pasea entre nuestras calles los días de la Semana Santa.

Este es el sentido de este pregón: Recordar que en estos días que se avecinan, como cada año cuando la primavera empieza a explotar, reviviremos lo más profundo del misterio de Jesús: la muerte del Hijo de Dios que nos revela el gran amor y misericordia del Padre.

Y Él, que es la palabra del Padre, se hace silencio; y Él que es la gloria de Dios se hace oscuridad, y Él que es el Hijo Amado por medio del cual creó el Señor todas las cosas, se siente solo, abandonado del mismo Padre que le ama, y Él que es la Vida, rinde tributo a una muerte cruel.

Y el pueblo, que tiene sus grandes intuiciones, se da cuenta de que en esa muerte misteriosa está su liberación y su dignidad humana adquiere aquí su más grande plenitud, porque todas sus caídas y limitaciones, todas sus sombras y pecados, son como absorbidos por esas tinieblas que acompañan la muerte de Cristo en la cruz. Es explosión del pueblo en la Semana Santa, es la manifestación del fondo del alma humana que se siente asfixiada y oprimida por esa sociedad nuestra que cierra los horizontes a la trascendencia; y busca en la tragedia del Calvario, aun sin darse cuenta, el horizonte de la luz, de la esperanza, de la felicidad trascendente que necesita para vivir su vida en este mundo.

Nuestro mundo, tan sobrado de cosas y tan falto de aquellas que llenen realmente y den sentido a la vida. Lo tenemos todo, pero nunca el hombre se ha sentido tan indefenso ante el dolor y el sufrimiento humano, lo tenemos todo, pero nunca nos hemos sentido tan vacíos y con tanta necesidad de encontrar la felicidad. Soñamos tantas cosas grandes....y a la vez nos sentimos aprisionados por tantas cosas pequeñas....

Y en aquella imagen del Cristo con su cruz auestas, o en la del crucificado, el pueblo ha visto una explicación del dolor que la misma humanidad padece, se convierte en un rayo de luz que puede dar sentido y grandeza a su propio dolor. Ese misterio de Cristo manifestado dramáticamente en los diversos pasos de la pasión que salen por nuestras calles estos días, se une el misterio del hombre a su dolor, a su sufrimiento, es él el que se siente escarnecido, y crucificado....el misterio del hombre que solo puede vislumbrarse adquiriendo su propia dimensión ante un Dios que muere solo y abandonado.

Le preguntaron una vez al Papa Juan Pablo II sobre el sentido del sufrimiento humano si es cierto que hay un Dios que es amor. Su respuesta fue que "si en nuestra historia humana hay sufrimiento, se entiende porqué la omnipotencia de Dios se ha manifestado en la cruz. El escándalo de la cruz se convierte en la clave de interpretación del gran misterio del sufrimiento humano.....El Cristo crucificado es una prueba de la solidaridad de Dios con el hombre que sufre. Dios se pone de parte del hombre y lo hace de una manera radical...." Dios se hace solidario con el hombre y nunca es más patente esta afirmación que durante la Semana Santa, en que se nos muestra hasta qué punto el amor de Dios es capaz de llegar por el hombre.

El primer recuerdo que tengo cuando llegué a Catalunya sobre la Semana Santa, está ligado a las celebraciones que tenían lugar en la parroquia en la que yo estaba de vicario. Durante los viernes anteriores a la Semana Santa y el Viernes Santo, tenía lugar una procesión dentro del templo muy especial: el "Cos de Portants del Sant Crist", con el Cristo de las Ánimas suspendido en un increíble equilibrio, pasaban las estaciones del Via Crucis, invitando a los fieles a participar y revivir los últimos acontecimientos de la vida de Jesús. Acompañaban sus movimientos y estaciones una poesía musicada, que se repetía en cada estación:

"Per vostra passió sagrada
Adorable redemptor
Perdoneu altre vegada
A aquest pobre pecador....."

Y caíamos de rodillas una y otra vez, adorando a aquel Cristo en la Cruz que nos mostraba un amor tan grande, capaz de romper todos los esquemas que la humanidad pudiésemos tener. Y entretanto, se cantaba una poesía de Jacinto Verdaguer, también musicada, que nos invitaba a todos a adorar la Cruz:

"Creu Sagrada,
creu amada,
vine, vine a nostre cor,
Creu hermosa
Dolçe esposa
de Jesús nostre senyor.

Són dos braços són los llaços
Que lligaren l'home a Déu
Vine, vine, creu divina
Lliga amb Crist lo cor meu.

Sang sagrada l'ha regada
A eixa palma de l'Edem
Que ens convida amb fruit de vida
Que l'amor collí en Betlem.

Tu ets la via que al cel guia
Tu ets la clau del Paradís
Tu la forta nau que ens porta
De la ditxa al port feliç.

Y la cruz pasaba de mano en mano en su curioso balanceo mientras los cantos invitaban al recuerdo meditado de una vida entregada por amor a todos los hombres. Y Jesús caía y volvía a levantarse, y lo despojaban de sus vestiduras, enganchadas en la carne viva por las heridas, y escuchábamos los martillazos con los que clavaban a Jesús en la cruz....

La cruz de Jesús, la cruz nuestra de cada día, porque cada día tiene su cruz, su dolor, su sinsabor. No es normal pasarse veinticuatro horas sin haber gustado, de una pequeña astilla o sin sentir clava una espina. Forman parte del madero de nuestra cruz.

Un día será la burla de los soldados, ajenos a nuestra vida. Son los encargados de turno de cumplir nuestra condena. Sin darse cuenta ni pretenderlo, con su indiferencia o superficialidad, nos rompen las vestiduras, nos visten de púrpura, de locos y se ponen a jugar con nosotros. Así nos duelen las incomprendiones y los rechazos de los demás.

En otras ocasiones serán los maderos atravesados en forma de cruz sobre nuestros hombros. Una carga pesada que apenas podemos soportar sin caer por tierra la carga de tantas cosas que pesan sobre nosotros y nos parece imposible dar un paso con ellas. Caemos bajo su peso, una y otra vez, y otras tantas nos levantamos porque la vida sigue...y tú tienes que seguir viviendo...y caminando aún con la cruz a cuestas.

Otro día será el despojo de las vestiduras, de tu fama, de tu honra, de tu derecho al respeto de tu vida y de tu nombre. Te humillarán y te despojarán del valor de tu trabajo, de tu entrega...Desnudo dejaron a Jesús y así. De una u otra forma te dejaron a ti. Como a Jesús en el Calvario.

Los clavos atravesaran tus manos y tus pies, se hundirán en tu carne. Porque cada día tiene su cruz y el dolor aparece cuando menos lo esperamos. Nuestro cuerpo desgarrado por la enfermedad, o roto brutalmente por un accidente. Es tan fácil destrozar nuestro cuerpo y nuestra salud....Son los clavos que a Jesús le rompieron sus pies y sus manos y destrozaron de dolor su cuerpo...

Es la cruz, la cruz de cada día que nunca se termina, que va unida a la vida porque solo culmina en la lanzada definitiva, en la muerte, que es quien da por terminada nuestra cruz de cada día.

"Creu sagrada

creu amada
vine, viene a nostre cor
creu hermosa
dolçe esposa...”,

La cruz solo, descarnada, es dura, cruel y destructora. Pero la cruz así, de madera, sola desnuda, no está completa. Le falta a Jesús, clavado en ella. Y la cruz, con Jesús es otra cosa. Jesús cambió su signo de negativo en positivo cambió el signo del dolor y el sufrimiento en fuente de salvación. En la cruz, desde que Jesús estuvo clavado en ella, podemos encontrar la paz, la liberación a tantas esclavitudes. Podemos encontrar el sentido auténtico y profundo del dolor. En la cruz, clavado en ella, podemos encontrar a Jesús. Nuestra cruz, junto a la de Jesús, superpuesta a la suya, cambia toda nuestra historia. La cruz vivida con Jesús nos abre las puertas de la resurrección, a la vida verdadera y definitiva, a la vida de Dios.

Contemplemos nuestra cruz junto a la de Jesús. En su mirada y en su corazón descubriremos la vida y el misterio de nuestra cruz. Descubriremos la vida y la resurrección, descubriremos la paz inmensa que da sufrir nuestra cruz junto a Jesús clavado en la cruz.

II. Parte: Las lágrimas de una Madre

La primera vez que vi una fotografía de la Macarena, quedé profundamente impresionado: era una foto, que aún conservo, donde se podía ver la cara de la Virgen, en un primer plano, con solo una mantilla en la cabeza. Era el rostro de una bellísima mujer con la mirada traspasada por el sentimiento y con unas lágrimas que cruzaban su rostro. Todo el conjunto daba la impresión de una serenidad dolorosa.

Me cautivó.

Sobre todo, las tres lágrimas de su mejilla izquierda. Todo un símbolo del amor a la vez que del dolor de la humanidad, ya que ella es de nuestra propia condición, la que recoge, por decirlo así, la afectividad de nuestros corazones humanos ante el gran misterio de un Dios que muere en la cruz por nosotros.

Me recuerda aquellas poesías de Verdaguer, todas tejidas de espinas y de rosas y que nos invitan a meternos en el corazón de María y compartir su pena:

“Puix no hi ha agonia
com la del Cor seu,
ploreu amb Maria
al peu de la Creu.

Un Fill jo tinguí
Del cel hermosura,
I en una creu dura
Clavat lo vegí,
De pena es partí
Mon cor amb lo seu.

Per tu fou clavat
Mon Fill adorable,
Per tu, fill culpable,
Que no li'n sents grat.
Los rocs s'han trencat
Més blancs que el cor teu.

Tot un Déu se mor
Per ressuscitar-te,
I vols condemnar-te
Fill del meu Cor?

Mirau si hi ha dolor
Com lo dolor meu.
Los àngels que el veien
Ja fred i sagnós,
"vostre fill hermós
és aquest"? me deien
Sons ulls que hem sonreien
Qui els ha vist i els veu!

Puix per tu morí
Ton Pare i Senyor
Vine, pecador,
A plorar-lo amb mí.
Per fill te prenguí
Quan morí el Fill meu.
Plorem amb Maria
Al peu de la creu."

En el Calvario, María es una patética figura de silencio.

El calvario está lleno de música fúnebre, de movimientos, de voces, de presencias, de sucesos telúricos: la cruz, los clavos, los soldados, los ladrones, el centurión, los sanedritas, el temblor de la tierra, el rasgarse el velo del templo, la oscuridad repentina, las burlas, las palabras: perdónalos, no saben lo que hacen, esta misma noche estarás conmigo en el paraíso, Padre mío ¿porqué me has abandonado?, tengo sed, he ahí a tu hijo, en tus manos entrego mi vida, todo se ha cumplido...

Y en medio de esta sinfonía patética ¿qué hacia María? ¿Qué decía?. En medio de ese desolado escenario, esa Mujer de pié, en silencio y soledad, como una piedra muda. Ni gritos ni histerias ni desmayos, solo lágrimas que caían silenciosas por sus mejillas.

El profeta Jeremías la había imaginado como una cabaña solitaria, en la alta montaña, combatida por todas las tormentas y huracanes.

Aquí en el Calvario, el silencio de María se transforma en adoración. Nunca el silencio significó tanto como en este momento. Abandono, disponibilidad, fortaleza, fidelidad, plenitud, elegancia, fecundidad, paz...

Nunca una criatura vivió un momento con tanta intensidad existencial como María en el Calvario.

Como las tres lágrimas del rostro de María, también son tres los misterios que se celebran durante los días de Semana Santa y los vivimos en nuestros templos y los paseamos por nuestras calles:

En primer lugar el **misterio de Cristo**, que siendo Dios se hace hombre, que siendo inmortal muere en la cruz por nosotros, que acepta la humillación, el sacrificio, la muerte. El sufrimiento de un hombre, hijo de Dios, pero totalmente hombre.

El misterio de María: esa criatura excepcional, que pertenece a la tierra por su cuerpo de barro, pero que tiene su corona divina por su pureza y su santidad, y siendo la madre de Dios, no se aleja en ningún momento del destino de su Hijo y lo acompaña en todo el proceso de la pasión y de su muerte para dar luz a nosotros los hombres.

Y en tercer lugar, **el misterio del dolor**, especialmente del dolor que no se merece, incluso del dolor sin sentido que nos amenaza a todos los hombres durante nuestra peregrinación por esta tierra convertida en una valle de lágrimas.

Pero de entre todas las escenas que veremos en la próxima Semana Santa, en aquellas en la que la protagonista es la Virgen María, hay una que me atrae de forma singular:

Se trata de la Virgen dolorosa, María al pie de la cruz: María, que en los momentos cumbres de la vida de Jesús ha permanecido oculta, cuando llega el momento de la humillación se coloca en primer plano. Juan nos dice: "Junto a la cruz de Jesús, estaba de pie, su Madre, María de Cleofás y María Magdalena".

Los romanos encargados de ejecutar la sentencia de crucifixión mantenían a los grupos a cierta distancia de los crucificados. En algunas ocasiones, sobre todo cuando se trataba de parientes cercanos, permitían aproximarse a los ejecutados. María, según San Juan, estaba al lado de la Cruz y también estaba con ella, Juan. Jesús mirando a su madre dice: "Mujer, ahí tienes a tu hijo"; después dirigiéndose a Juan le dice: "Hijo, ahí tienes a tu madre".

No hay en la vida de Jesús ni una sola palabra improvisada. Siempre ha dicho lo que quería decir. Pero cuando dirigía a los hombres su palabra, lo hizo de dos formas diferentes: en voz alta y en voz baja. Allá arriba en la montaña de las Bienaventuranzas, ante miles de personas, proclamaba su palabra en voz alta. Quería que todas las personas pudiesen escuchar palabras de misericordia, que pudiesen curar sus heridas.

Pero en otras ocasiones Jesús habló en voz baja: cuando se queda a solas con sus discípulos, o en tantas ocasiones en que habló en privado y el contenido de sus palabras no ha llegado a nosotros.

Ahora, desde la cruz, ya no habla a las multitudes. Al contrario, es la hora de los secretos de las confidencias, de las palabras que se graban en el fondo del corazón.

Cristo se encuentra solo, allá a su pie solo su madre: es curioso pero en el evangelio solamente nos ponen a María en contada ocasiones: En Belén, en la pobreza, en las bodas de Caná, cuando falta el vino, y ahora al pie de la Cruz cuando Cristo se está muriendo. Y es que la figura de la madre evoca la seguridad, el afecto, la primera escuela donde el niño aprende a ser amado en su propia debilidad.

Y en la persona de Juan, el discípulo más sencillo, estaban los hombres, la humanidad entera. Todos los redimidos quedaban encomendados a los cuidados maternos de María. María se encargaría de extender su solicitud maternal a todos y todos podrían acercarse a Ella con una actitud filial.

María había modelado las expresiones humanas de su Hijo que manifestaban el plan salvífico de Dios; este plan salvífico alcanza a todos los hombres y, por tanto, todos estábamos recibiendo en la Redención la influencia de María.

Las relaciones entre Juan y María marcan las relaciones de hombre con María. Esas relaciones son de amor y cariño, como son las relaciones entre madre e hijo. Los hombres podrán acudir a María como a una madre seguros de encontrar en Ella solicitud y afecto. María aceptó la maternidad del Redentor con todas sus consecuencias y una de ellas éramos nosotros como hijos. Apenas aparece María en el escenario de la historia de salvación se inicia nuestra filiación que llega a su cima en el momento de expirar Jesús: fue su última voluntad.

¿No recordáis a María paseando por nuestras calles? A veces vestida de esperanza, otras de dolor, otras de luto, con sus brazos siempre abiertos y su mirada perdida buscando siempre al hijo que sufre.... y tiene tantos! Sobre todo en esta gran ciudad de Barcelona y su extenso cinturón donde nos agolpamos buscando un poco de identidad y de sentido a una vida que a veces cuesta demasiado tirar hacia delante. Hoy más que nunca nos damos cuenta de la falta que tenemos de una madre como María.

Nuestra ciudad, opulenta en apariencia, padece heridas de muchas formas de pobreza material y espiritual. Viven entre nosotros hombres y mujeres que experimentan la pobreza de la soledad y la insolidaridad, características de las grandes ciudades. Hay personas que nos han

venido de fuera que no se han integrado, parados, enfermos, personas mayores que viven solas, personas con falta de afecto familiar, matrimonios con problemas, o separados, niños que con los trabajos de los padres no pueden recibir toda la atención que necesitan para un correcto desarrollo, jóvenes con futuro incierto....

Detrás de estas realidades está el grito de dolor del hombre que se encuentra delante del misterio de su propia vida. Mirar hacia María en estos momentos ha de significar para nosotros una sensación de consuelo, de comprensión del misterio de la Iglesia cuya misión es acercar la redención de Cristo al hombre, es decir, para que todos puedan encontrarlo y hacer posible que Cristo pueda recorrer el camino de la vida con cada una de estas personas. Esto significa también una toma de conciencia de todas las necesidades y situaciones humanas, muchas de ellas fruto de la insolidaridad, la indiferencia, el individualismo de nuestra sociedad y ha de llevarnos a un compromiso de trabajar para encontrar soluciones.

La Redención no llega al hombre si no se crea una nueva forma de vida y una sensibilidad. María, abierta plenamente a los designios de Dios nos enseña a estar bien abiertos y disponibles al servicio de los hombres.

María por ser Madre de Jesús es Madre de la Iglesia. Su amor materno a Cristo asumió a aquellos entre los que Cristo era "primogénito entre muchos hermanos" y la madre de Cristo se convirtió así en madre de los cristianos. Desde el nacimiento de la Iglesia María la acoge como una prolongación de Cristo.

Esa maternidad de María no se agota en el hecho del Nacimiento de la Iglesia, se prolonga a lo largo de toda su historia.

Los rasgos de María influyeron en Jesús y éste manifestaba en sus actitudes de bondad y de amor el porte adquirido, de su madre. Los primeros cristianos, aquellos que le conocieron estaban influenciados por el mismo porte maternal de María y este modo de ser lo plasmaron en la primera comunidad. Hoy, nosotros, continuadores de ellos y formadores de la Iglesia, debemos mostrar esos rasgos marianos y así afirmamos con nuestra conducta que María sigue actuando y siendo Madre, a través de nosotros.

Estos rasgos maternales de María podemos mostrarlos desde dos niveles: Interno y externo.

a) Interno: Este nivel interno parte de una convicción profunda: María es nuestra madre y nuestras relaciones con Ella han de ser filiales, pero sin caer en el infantilismo, ni en proyecciones afectivas desprovistas de valentía y generosidad.

De esta convicción nace un amor grande, tierno, a María. Amor que inunda la vida y la llena de sentido.

Son muchas las personas que han buscado una plenitud de sentido a su vida en la devoción de María. No es que hayan buscado en Ella la complementariedad que falta al seguimiento de Cristo, éste lo llena todo. Han insertado su amor a María dentro del amor a Cristo y de la historia de la salvación.

Han sido muchos los que a lo largo de la historia se han mostrado como seguidores de María y son para nosotros un ejemplo: De entre ellos destaco a San Alfonso, él decía: "El que es devoto de María se salva". Parece como si María lo fuese todo, incluso con relación a la salvación.

Pero como condición para ser devoto exige el seguir a Cristo. Basta leer su libro: "La práctica del amor a Jesucristo". Este amor tan entrañable a María está inserto en el amor a Dios y a los hombres.

b) Externo: Las interioridades pueden prestarse a desviacionismo sobre todo por la línea del subjetivismo y de las vanas ilusiones. El mejor catalizador del amor son las obras, los actos. Para conocer los quilates del amor constatamos los servicios prestados a los demás. Es imposible que exista amor a la madre donde hay desprecio a los hijos. El mejor modo de mostrar el amor a María es la imitación de su vida. María estuvo pendiente de los demás, vivió

para ellos, en la persona de su Hijo y en sus intervenciones especiales. Fue capaz de proclamar la exaltación de los pobres y el destronamiento de los poderosos.

Las actitudes de María son valores que asumimos como exigencia de nuestro amor y que expresamos en forma de bondad, de entrega, servicio y compromiso a favor de nuestros semejantes.

Un ejemplo, el Padre Maximiliano Kolbe, gran devoto de la Virgen. Asumió de tal forma la entrega de María a los demás, que fue capaz de ponerse en lugar de un condenado a muerte.

Murió para que otro pudiese seguir viviendo. Era más necesario que él.

En estos momentos finales, recordemos a esta madre y a tantas madres que destrozando su corazón que Dios les ha dado, se transforman en vida para sus hijos. Pidamos por aquellas madres que se sienten tentadas de deshacerse del hijo que Dios ha formado en su seno. O por aquellas otras que ya mayores, son sacadas de casa, sin que los hijos recuerden el esfuerzo que han pasado para traerlos al mundo. Pidámosle por todas las madres.

Pidamos a María que nos ayude a ser como Ella.

Acabo este Pregón con unas palabras de Mossen Cinto Verdaguer:

“Dolça Mare del bon Déu,
rosal del cel la més bella,
si em dasseu vostra poncella
la plantaria al cor meu,
doneu-me a Jesús en creu,
que és Ell ma vida i mon bé,
de dia l’estimaré,
lo somiaré de nit,
viuré d’amor en son pit
i en sos braços moriré.

Siga vostra gran puresa
Alabada eternament
Puix que un Déu omnipotent
Se recrea amb tal bellesa
A vos celestial Princesa,
Verge sagrada, María,
Us dono en aquest dia
Ànima. Vida i cor,
Mirau-me amb ulls d’amor,
No em deixeu, Mare mia.”